

ción de este poema al español, así como de otros textos en esta edición, es muy mejorable).

En el VI hay dos cartas de Boris a Marina (donde aquel acusa recibo de una tardía y reconfortante información sobre Rilke) y una muy importante de Tsvietáieva a Rilke (14 de junio; págs. 231-235). En ella vemos un rasgo decisivo de su carácter: a diferencia de Boris, que comparte sus sentimientos entre varias personas, Marina extrema la exclusividad en su pasión por Rilke: «quiero ser tu única propietaria» (pág. 233).

El capítulo VII agrupa cinco cartas entre los correspondientes rusos (siempre más íntimas y confiadas las del varón), con una temática que oscila entre las dificultades materiales y los comentarios y análisis literarios. Además, otra carta de Tsvietáieva a Rilke (6 de julio de 1926) en respuesta al envío, a fines de junio, de su libro en francés *Vergers*, recién publicado en París. Encontramos en ella una singular teoría de la traducción:

La poesía es una traducción de la lengua natal a otra —sea ésta el francés o el alemán, da lo mismo—. Para el poeta no existe lengua materna. Escribir versos significa traducir (pág. 270).

Además de una certera comparación entre las dos lenguas de Rilke:

El alemán es una promesa infinita (y también esto es un don) pero el francés es un don definitivo (pág. 217).

La incompatibilidad entre el tipo de amor mental, con pretensiones de absoluto, y la convivencia continua de la pareja, es un tema destacado del capítulo octavo, donde Marina escribe a Boris (10 de julio de 1926):

Yo no podría vivir contigo, no por incompreensión sino por comprensión. (...) Comprendeme: el insaciable, el eterno odio de Psíqué por Eva —de quien no hay nada en mí—. De Psíqué, por el contrario, lo tengo todo. ¡Psíqué contra Eva! (págs. 277-278).

Otras dos cartas, de Boris a Marina (11 y 30 de julio) expresan sus sufrimientos ante el distanciamiento de ella y ante sus propias dificultades como creador. Decide interrumpir la correspondencia.

En contraste, el IX capítulo nos ofrece los últimos dos pares de cartas entre Rainer y Marina. En la del 28 de julio, éste le alaba su personalidad y su lenguaje, y le explica que la enfermedad le ha impedido contestarle antes:

Pero mi vida se ha vuelto extrañamente pesada (...) ahora yo mismo soy la pesadez y el mundo alrededor es como un sueño... (pág. 299).

Marina continúa (2 de agosto) tratando el fascinante abismo del amor desligado del cuerpo:

...el amor se escucha y se siente exclusivamente a sí mismo (...) Yo soy un sonido diferente de la pasión. Si tú me llevaras contigo, llevarías... les plus déserts lieux (págs. 302-303).

Y en su carta siguiente (14 de agosto) le propone que se reúnan:

en un pueblito, Rainer. Si quieres, por mucho tiempo. (...) Quizá en otoño, Rainer. O en primavera. Dime: sí... (pág. 306).

Pero su apasionado ofrecimiento llegaba tarde. El poeta se siente cada vez más enfermo. Acepta la proposición de Marina; a la vez, por una parte, confiesa su grave estado; por otra, se niega a excluir a Boris (19 de agosto):

Si, sí, y una vez más sí, Marina (...) un gran sí, pero en él se encuentran encerrados diez mil imprevisibles NO. (...) Yo necesito sanar por fin, desde la profundidad de las profundidades de este pozo sin fondo. (...). Protesto contra toda exclusión (sé que tiene sus raíces en el amor, pero crece y paraliza...) (págs. 307-309).

La última carta de Marina a Rainer (22 de agosto) insiste en su absorbente petición de exclusividad, aunque sólo en un nivel mental:

Quiero únicamente la palabra, que para mí es una realidad (pág. 310).

La edición preparada por Azadovski, que estamos comentando, termina con un «Epílogo». En él se incluyen dos cartas de la secretaria rusa (que Rilke acababa de contratar) a Leonid O. Pasternak, hablándole de su enfermedad (15 de noviembre de 1926 y 11 de enero de 1927); y cuatro cartas de Marina a Boris. El 29 de diciembre de 1926 había muerto Rilke; cuando Marina se enteró, le comunicó inmediatamente la noticia a Boris (31 de diciembre). El 1 de enero de 1927 le escribió de nuevo, profundizando en el desenlace de la relación entre los tres y en sus relaciones con el «otro mundo». Tsvietáieva proclama que lo conoce a través de los sueños, y que es «luz, iluminación» (en ruso «svet» significa «luz» y «mundo»). Boris le contestó el 3 de febrero, interrumpiendo brevemente su largo silencio: sentía que «tú y yo nos hemos quedado huérfanos» (pág. 329). Y Marina a él el 9 de febrero. Ambos estuvieron muy afectados

por la pérdida del gran poeta; a cada uno de ellos se le ocurrió escribirle una carta después de su muerte (que este libro reproduce). En fin, la relación entre los dos fue extinguiéndose, hasta desaparecer.

Todo lector atento a las complejidades de la relación amorosa epistolar, del diálogo sobre la creación entre poetas y de sus mutuas interacciones, tendrá en este volumen una ocasión singularísima: se trata de tres seres en la órbita de la genialidad.

Federico Bermúdez-Cañete

En torno a Miguel de Unamuno

Durante los últimos años, la figura de Miguel de Unamuno viene suscitando la misma pregunta: ¿qué queda de Unamuno? No se trata, en verdad, de una cuestión retórica,

como se echa de ver en las abundantes y variadas respuestas que concita. Para unos, lo más importante son sus novelas; para otros, sus escritos viajeros. Unos afirman que seguirán siendo memorables sus anotaciones personales, otros consideran que sólo su poesía superará la implacable sentencia del tiempo. Incluso hubo quien, contagiado por el talante iconoclasta del maestro vasco, llegó a considerarle como un meteoro previsible y absurdo, pero, en última instancia, inútil. Con el paso del tiempo y la costumbre, la inevitable mengua del crédito unamuniano parece estar remitiendo en la actualidad. El propio Unamuno dejó escrito: «Cuando me creáis más muerto, retemblaré en vuestras manos». Y, efectivamente, esa es la impresión que uno experimenta al leer los artículos aparecidos en el periódico barcelonés *Las Noticias* (1899-1902), que el profesor Adolfo Sotelo Vázquez ha exhumado recientemente con indudable acierto y oportunidad¹.

A vueltas con España

Por la fecha de composición de estos artículos, era previsible que Unamuno dedicara buena parte de sus páginas a reflexionar sobre el problema de España. La situación económica, política y cultural del país no podía ser más precaria. Así lo había dicho en los ensayos de 1895, recogidos después en el volumen *En torno al casticismo* (1902); así lo había ratificado en los *Tres ensayos* de 1900, que tanta importancia cobrarían en su evolución intelectual; y así lo continuaría proclamando en el casi centenar de artículos que, durante tres años sucesivos, irían apareciendo en *Las Noticias*.

El problema de España radica, para el primer Unamuno, en la anatomía del organismo social, en la constitución interna de las células sociales. Esa enfermedad crónica que llamamos España tendría así su origen en la intransigencia y en la intolerancia inveteradas, tanto de sus gobernantes, movidos de ordinario por resortes

¹ *Miguel de Unamuno: Artículos en «Las Noticias» de Barcelona (1899-1902). Edición de Adolfo Sotelo Vázquez. Barcelona, Editorial Lumen, 1993.*

mafiosos y caciquiles, como de sus gobernados, incapaces de experimentar el menor atisbo de *simpathy* hacia su prójimo. El dogmatismo ciego, la inquisición íntima y la vaciedad pedantesca constituyen, a su entender, los motivos que osifican y anquilosan la vida social española. Así, en una carta de 1892 dirigida a Arzadun, había escrito: «creo un deber de conciencia trabajar por la cultura de este pobre país, víctima del dogmatismo y la vaciedad pedantesca». Y en el artículo «Revolución íntima» confirma: «Los espíritus de nuestro pueblo son dermatico-esqueléticos, están como encerrados en una dura costra de dogmatismo y de conceptos osificados».

El maestro vasco no se conforma, a diferencia de ciertos galenos ilustrados, con la mera práctica del nihilismo terapéutico; antes al contrario, una vez diagnosticada la enfermedad, una vez establecida su etiología, acomete la prescripción del tratamiento más adecuado, con el fin de contribuir al restablecimiento social y espiritual del pueblo español. «Es preciso revolver mucho en sus redañas espirituales —comenta en «Pensamiento y acción»—, extraer su ideal de vida, ese ideal oscuro y vago que dormita en sus apagadas ansias, y llevarlo a la vida colectiva». El único modo de abordar ese restablecimiento —o lo que es lo mismo: esa regeneración— pasa por el análisis de los valores intrahistóricos —inclusive el sentimiento del paisaje—, por la apertura hacia Europa —de la que renegaría más tarde— y por la integración de las distintas nacionalidades y de las diversas regiones. Y ahora, casi un siglo después, podemos preguntarnos: ¿han perdido actualidad estas cuestiones?

¿Reforma de la enseñanza?

El tema de la educación y la enseñanza ocupa un lugar preferente entre los escritos unamunianos de esta época. Recuérdese que el ensayo *De la enseñanza superior en España*, vinculado estrechamente al ideario regeneracionista de *En torno al casticismo*, ve la luz el verano de 1899, al poco de aparecer los primeros artículos en *Las Noticias*. Recuérdese también que la enseñanza era la preocupación fundamental de los krausistas y los institucionistas, y que en ella cifraban la posibilidad del regeneracionismo español. Fieles al ideario de Giner y

sus discípulos, los artículos finiseculares de Unamuno proponen una enseñanza que, más allá de programas y reformas, sea capaz de transmitir ideas vivas, de fortalecer el talante moral y de cohesitar pensamiento y acción. Para conseguirlo, como sugiere en «La cátedra y el libro», nada mejor que convertir a los profesores en educadores y mudar las cátedras en laboratorios.

Pero esa filiación krausista no resta mérito alguno a las propuestas del escritor, sino que realza por contraste el vigor y la originalidad de sus resoluciones. Así sucede, por ejemplo, con el artículo «Ciencias y letras», en el que reflexiona sobre la profunda escisión entre el mundo científico y el mundo artístico, anticipándose en medio siglo a las tesis que C.P. Snow haría famosas bajo el marbete de *Las dos culturas*. «Pensar el sentimiento y sentir el pensamiento —escribe Unamuno—; he aquí expresado en forma algo paradójica el ideal de un verdadero artista. Hay que sentir la ciencia con alma de artista y pensar en el arte con mente de hombre de ciencia». Y más adelante concluye: «El proceso creo ha de ser paralelo; a medida que la exposición científica se haga más viva, más animada, más *imaginada*, más sentida y más artística, la producción literaria habrá de hacerse más reflexiva, más honda, más *pensada*, y en cierto sentido más científica». La cuestión, sin embargo, sigue abierta en nuestros días.

Elogio de la lengua

El tema mostrenco de España, la legítima preocupación por el regeneracionismo español, no puede ni debe separarse, con todo, de la preocupación por la lengua y la literatura españolas, como señalaron en su día Juan Marichal y José Luis Aranguren, entre otros. «Revolucionar la lengua —había dicho Unamuno— es la más honda revolución que pueda hacerse; sin ella la revolución de las ideas no es más que aparente». A través de la lengua —viene a decirnos ahora en estos artículos—, de la lengua viva del pueblo que la habla, podemos abordar la historia viva del pueblo que se manifiesta en ella. Y si bien es cierto que su ideario lingüístico se halla impregnado de cierto biologismo positivista, difícil de compartir en nuestros días, no menos cierto es que la íntima